

## CAPÍTULO IX

### SUMARIO

- 138.** De la frecuencia con que antiguamente comulgaban los fieles.—  
**139.** Disposiciones referentes al cuerpo, para obtener la Comunión.—**140.** Baños litúrgicos.—**141.** Ayuno natural.—**142.** Variedad sobre este punto.—**143.** Continencia en las personas casadas.—**144.** Otro género de purificaciones.—**145.** Lavatorio de las manos y la cara.—**146.** Ornato del cuerpo. Pertenecientes al alma.—**147.** Confesión sacramental ó estado de gracia.—  
**148.** Vigilia, preces, deseos.

**138.** Estimulados nuestros padres á la práctica de la virtud con el gran fruto que obtenían de la frecuencia del Sacramento Eucarístico, anhelaban vivamente afianzarse más y más en esta santa costumbre, á fin de estar unidos todos los días con Jesucristo en la tierra, ya que por una eternidad inmutable esperaban estarlo en el cielo. En la unión consiste la fuerza. Si este antiguo refrán es llevado al escabroso terreno de la práctica con la asociación de varias personas para fines mercantiles ó sociales; ¿cuánto más se haría esto palpable en la vida espiritual, si todos los cristianos deseásemos formar un aguerrido cuerpo, recibiendo para el efecto á Cristo Eucarístico que nos proporciona la unión y la vida? Fuertes eran los primitivos cristianos, porque con las disposiciones debidas se acercaban con frecuencia al poderoso imán, Jesús Sacramentado, el cual uniéndolos á sí con dulce atracción, peleaba con ellos, obteniendo por doquiera gloriosas é imperecederas victorias.

No hay duda alguna de que los cristianos de los primeros siglos comulgaban todos los días; esto es tan cierto que, asegurar lo contrario sería querer forcejar contra la misma Sagrada Escritura y Tradición eclesiástica. Viviendo aún los apóstoles, dice aquélla, los fieles perseveraban diariamente en el templo y en la fracción de la comunicación del pan, el que partían además por las casas; de donde se colige que los fieles, después de orar en el templo y asistir al Santo Sacrificio, comulgaban el Cuerpo de Jesucristo, con la circunstancia de que los diáconos lo llevaban luego á los domicilios de los fieles que no podían concurrir al templo al siguiente día; así lo expresa S. Justino (1). Tertuliano (2) afirma que antes de amanecer se congregaban los fieles para recibir la Eucaristía de mano de los presidentes ó presbíteros, y ellos mismos la llevaban á sus casas para comulgar antes de desayunarse. S. Ignacio (3) exhortaba á los fieles se reuniesen á menudo para recibir la Eucaristía. El mismo S. Atanasio, que floreció en el siglo IV, afirma que antes de su tiempo, en las regiones del Egipto, los fieles comulgaban todos los días.

Pero quien más que todos los Padres insta en confirmar esta preciosa verdad es el fervoroso S. Cipriano, quien lo expresa no en un lugar de sus escritos, sino en varios. Cuando trata de la oración dominical, al llegar al *Pan nuestro de cada día, dánosle hoy*, dice «Todos los días pedimos al Señor que nos dé este pan, á saber: el Cuerpo de Cristo, no sea que los que estamos con Nuestro Señor Jesucristo y los que recibimos todos los días la Eucaristía en comida de salud, mientras se nos prohíbe el que nos abstengamos de comulgar el celeste pan por mediar algún grave delito, estemos separados del Cuerpo de Cristo»; (4) y en otro lugar,

(1) Apolog. I.

(2) Lib. de idololat. cap. 7, et lib. 2 ad uxor. cap. 5.

(3) Epist. ad Ephes.

(4) Hunc autem panem dari nobis quotidie postulamus, ne qui in Christo sumus, et Eucharistiam quotidie ad cibum salutis accipimus, intercedente aliquo graviore delicto, dum abstenti et non communicantes a cœlesti pane prohibemur a Christi corpore separemur...



exhortando á unos fieles para que se preparen debidamente á padecer por el Salvador, les dice: «Ahora nos amenaza una batalla más grave y más feroz á la cual se deben disponer los soldados de Cristo con una incorruptible fe y una virtud robusta, considerando por esto que cada día deben beber el cáliz de la Sangre de Cristo á fin de que ellos mismos puedan derramar su sangre por Jesucristo (1)». De aquí puede deducirse el gran aprecio que en aquellos felices tiempos se hacía del Augusto Sacramento, ya que éste era el alimento diario, la vida y la alegría de los cristianos sobre todo en los borrascosos tiempos de persecución. Comprendiendo, pues, esto, y teniendo noticia de que, según decía el citado S. Cipriano, nadie era idóneo para el martirio si antes no recibía la divina Eucaristía, adelantábanse los fieles á poseerla mejor en sus pechos que en los sagrarios de madera, á fin de confesar intrépida y valerosamente la fe ante los tribunales idólatras. S. Jerónimo (2) atestigua varias veces que en las iglesias de Roma y España los fieles comulgaban todos los días. S. Ambrosio (3) y S. Agustín, (4) enseñan que este pan es cotidiano y aconsejan se tome todos los días, quejándose de que siendo cotidiano no se participaba en el Oriente todos los días, prueba de que en el Occidente se hacía.

No sólo los santos Padres convienen acerca de este punto, sino que otros autores más modernos le confirman.

«Nadie debe ignorar, dice el autor Turonense, que en la primitiva Iglesia, los fieles que estaban presentes al canon del Sacrificio de la Misa comulgaban todos los días». Juan Beletto añade que estaba preceptuado el que los cristianos primitivos comulgasen diariamente, aunque no cita el canon ó decreto de dónde lo obtuvo; no obstante se puede deducir del canon I de los apóstoles que dice: «Todos los que

(1) *Gravior nunc et ferocior pugna inminet, ad quam fide incorrupta et virtute robusta parare se debeant milites Christi, considerantes idcirco se quotidie calicem sanguinis Christi libere ut possint et ipsi propter Christum sanguinem fundere. Epist. 61, ad Thibaritanos.*

(2) *Epist. 50.*

(3) *De sacram. lib. 5, cap. 4.*

(4) *De serm. in mont. lib. 2, cap. 7.*

entraren en la Iglesia — exclusos los penitentes y catecúmenos — y oyeren las divinas Escrituras, mas no permanecieren en la oración y comulgaren con los demás, sean privados de la comunión eclesiástica», lo cual vinieron á repetir y confirmar varios concilios antiquísimos, como puede verse su contenido en el apéndice de Concilios.

Pero se replicará que el sacrificio solemne se practicaba generalmente en domingo; que algunos Padres de los primeros siglos atestiguan que los cristianos comulgaban en este día; y de algún otro parece deducirse que sólo lo hacían en día de descanso. Todos estos argumentos son fortísimos; mas de ellos mismos se deduce que los primitivos cristianos practicaban la comunión diaria. Es verdad que S. Pablo solemnizó la santa Misa en domingo y que en domingo se verificaba tal solemnidad, como lo afirman S. Justino (1), Eusebio de Cesárea (2), S. Atanasio (3), S. Hilario (4) y S. Cirilo (5); pero de estos claros testimonios no se deduce el que los fieles no comulgasen los demás días. Entonces, como ahora, se celebraba en domingo el Sacrificio solemne y en él comulgaban los cristianos por motivo de que habían cesado de todos sus trabajos, y también porque en domingo había resucitado Jesucristo; mas también es evidente que, terminada la santa Misa, los diáconos repartían el santo Pan á los ausentes, (6) proporcionándoles, no sólo para aquel día, sino además para toda la semana; es igualmente cierto que muchos de los cristianos de ambos sexos, bien fuera porque la persecución arreciaba, ó que por sus obligaciones no habían de poder ir durante aquella semana al templo, solicitaban del obispo ó presbítero la santa Eucaristía, y, accediendo éstos, la tomaban reverentemente en un fino lienzo y, encerrándola en una cajita de madera ó metal, la conducían secretamente á sus casas. Allí formaban una especie

(1) *Apolog. I.*

(2) *In Ps. 21 y 133.*

(3) *Tom. I, pag. 133.*

(4) *Proleg. in lib. Ps. lib. 2, ad const.*

(5) *Catheques. mistag. V.*

(6) *S. Justino. Apolog. I.*



de altarcillo, depositando en él la santa cajita, y todas las mañanas, estando en ayunas, si no les remordía la conciencia, se arrodillaban ante el altar y, tomando parte de la santa Hostia, se comulgaban á sí mismos. Ejemplos de esta clase los tenemos muy abundantes en los santos Padres. Tertuliano (1) en el libro *ad uxorem*, dice á la cristiana casada: «¿No sabrá tu marido qué es lo que gustas secretamente ante toda otra comida?» y si lo sabe; «¿creerá que es acaso lo que se le dice?». Esta comida era la Eucaristía, según el mismo doctor explica más abajo y S. Basilio, (2) confirmando lo que hemos expuesto, decía: «Como en aquellos tiempos de persecución eran cogidos los hombres cristianos, necesariamente, no estando presentes el sacerdote ó el ministro, comulgaban ellos mismos con sus propias manos», y añade que esta práctica no era vituperable por la inveterada costumbre que la había confirmado. S. Jerónimo reprende duramente á aquellos casados que, después del uso matrimonial, no querían llegarse al templo por temor al divino castigo, mas se atrevían no obstante á recibir la Eucaristía en sus mismas casas; y así arguye el santo: «Si se atreven ir á los mártires, por qué no entran en la Iglesia? ¿Acaso Jesucristo es uno en la Iglesia y otro en la propia casa? Pues lo que no es lícito en aquélla tampoco lo es en ésta». Todo esto prueba consiguientemente que los fieles conservaban la Eucaristía en sus domicilios por los mencionados motivos; que en ellos comulgaban diariamente y que el Augusto Sacramento lo habían recibido de manos del obispo ó presbítero en domingo, para llevarlo á sus casas; ó también que el diácono lo había conducido á las mismas al estar impedidos sus cristianos moradores.

No se crea por esto que el sacrificio se celebraba solamente en domingo; el solemne tenía razón de ser así, pero el privado y el ordinario se celebraba todos ó casi todos los días en los templos ó en casas particulares. Á mediados del

(1) *¿Non sciet maritus quid secreto ante omnem cibum gustes?* lib. 2.º cap. 5.

(2) *Epist. ad Cesarium.*

siglo III había muchas de estas casas en la ciudad de Roma. En la de cierto Martín, ó baños conocidos con el nombre de Timotinos, que formaba parte de la Pudente, donde residía el Pontífice, se hallaba S. Justino Mr. la segunda vez que fué á Roma, en cuyo lugar celebraba el Sacrificio y las reuniones de los cristianos. En este oratorio, pues, y en otros análogos se celebraba por lo general todos los días, no una sino varias misas, según el número de los sacerdotes asistentes, y los fieles que podían desobligarse lícitamente de sus trabajos comulgaban del mismo modo y con el mismo orden que en el Sacrificio solemne. La hora de la celebración de las Misas era al amanecer, según lo asegura Tertuliano (1), quien añade que todos los asistentes comulgaban en las Misas.

Podemos asegurar, sin faltar á la verdad que, en general, los fieles de los tres primeros siglos practicaron la comunión diaria. Eusebio y S. Atanasio (2), que florecieron en el siglo IV, afirman que en su tiempo se comulgaba generalmente en domingo; no que en todas partes fuese así (3), y esto era debido al resfriamiento de los cristianos; sin embargo, la Iglesia que brillaba en santidad por medio de sus pastores, deseaba se practicase la comunión diaria. «Todos los días pecas, decía S. Agustín, recibe, pues, al Señor Sacramentado todos los días».

En el siglo IV y algunos después, los fieles comulgaban en domingo, lo que para ellos era un precepto. «Todos los cristianos, decía S. Ambrosio, deben ofrecer los dones y comulgar en todos los domingos (4)». Asimismo había di-

(1) *Lib. de idolat. cap. 7.*

(2) *Loc. cit.*

(3) Prueba de ello es la carta de S. Jerónimo al español Licinio, quien preguntaba á aquél sobre algunas dudas acerca de la costumbre que había en España de comulgar todos los días: De Eucharistía, dice, *quod quæris accipienda quotidie quod Romanæ et Hispaniæ observare perhibentur...* También se desprende del canon XIII del Concilio I de Toledo que supone que todo fiel que entraba en la Iglesia á oír misa debía comulgar, y en caso contrario se le debía dar penitencia; y si era tan indevoto que jamás comulgaba se le apartaba de la comunión de la Iglesia.

(4) *Omnes Christiani omni dominica debent offerre et communicare. Serm. 25.*



cho ya el Pontífice S. Fabián(1) que todos los fieles, hombres y mujeres, que debían comulgar, estaban obligados á ofrecer las oblaciones en domingo; y el Concilio de Macón (2), celebrado en 582, formuló un decreto sobre esto mismo, que contenía lo siguiente: «Todos los fieles, hombres y mujeres, hagan en los domingos la oblación del altar en pan y vino bajo pena de excomunió», y como era correlativo ofrecer los dones y comulgar, y viceversa, de aquí que por estos decretos se mandase que los fieles comulgasen en domingo; costumbre que subsistió entre los griegos, y entre los monjes, que entonces eran legos, según atestigua S. Jerónimo (3); mas esta ley aunque general no era sin embargo absoluta; pues según cuenta S. Basilio, sus discípulos comulgaban cuatro veces á la semana; y en el Occidente había bastantes cristianos que lo verificaban los sábados y alguno que otro día.

**139.** Para merecer la Sagrada Eucaristía, á más del estado de gracia santificante, mandado por el Apóstol, exigía la Iglesia otras disposiciones en los fieles, algunas de ellas iguales á las que se requerían en los sacerdotes para celebrar. De la que tenemos que hacer mención ahora es la de los baños litúrgicos.

**140.** Según vimos, esta disposición era necesaria entre los presbíteros, al menos la habían de poner en ejecución la víspera de las mayores solemnidades, y no de otro modo se exigía á los cristianos legos, quienes, según dice Paciaudo (4), se bañaban en la proximidad de las solemnes fiestas; asimismo los catecúmenos, que, según laudable costumbre, recibían consecutivamente el Bautismo, Confirmación y Eucaristía, se disponían á estos sacramentos, á más de las primordiales disposiciones, con los baños. Esta devota costumbre tiene ejemplos que admirar, ya que S. Juan Evangelista y Tertuliano los usaron, imitando su conducta la Iglesia, la

(1) Ep. III ad Hil.

(2) Ut omnes fideles diebus dominicis viri et mulieres altaris oblationem faciant in pane et vino sub anathematis pœna.

(3) Epist. ad Heliodor.

(4) De sac. Christ. baln., cap. II.

cual, aunque condena los baños voluptuosos, cuales eran los del paganismo, no obstante aplaudía los litúrgicos que tenían doble objeto; primero, purificar el cuerpo, á fin de acercarse al Sacramento con la más posible decencia; y segundo, denotar, por el mismo acto de bañarse, la puridad de conciencia que debe poseer quien ha de recibir este divino Misterio.

**141.** Otra de las disposiciones era el ayuno. Visto lo escaso que dijimos al tratar del ayuno natural que observaban los celebrantes, conviene ahora que le tratemos con difusión, mayormente habiendo varios autores empeñados en defender la opinión contraria. Debemos consignar que hubo variedad acerca de esta práctica, pues en algunos lugares se recibía la Eucaristía después de los agapes, y otros que guardaban el ayuno eucarístico, lo quebrantaban el Jueves Santo por imitar á Nuestro Señor Jesucristo, quien instituyó la Eucaristía después de haber comido el cordero Pascual. Mas esto no era corriente; los que hayan querido deducir de estos pocos casos que en los primeros siglos, la Eucaristía se recibía después de haber comido, creo no habrán profundizado la cuestión, pues á más de las pruebas que vamos á dar para confirmar nuestro aserto, es doctrina corriente en la mayor parte de los autores clásicos.

En primer lugar desmenuemos los argumentos que los mencionados autores exhiben en pro de su frágil opinión. Se aduce la epístola primera de S. Pablo á los Corintios (1) que trata entre otras cosas del Augusto Sacramento, y por ella quieren probar que este adorable convite se recibía terminados los agapes (2); yo, en verdad, me he detenido innumerables veces en los lugares pertenecientes al asunto, y no veo que de ellos se pueda probar nada, ni en pro, ni en contra, y si algo se quisiese demostrar por ellos sería nuestra sentencia, tomando por base las autoridades de los Padres que más adelante transcribiré. Otro autor (3) hay

(1) Cap. 11.

(2) Véase lo que dejamos dicho en el cap. 19 del primer tomo de esta obra.

(3) Martigny. Dicción. de antigüedades crist., art. Agapas.



que en las pruebas que aduce para demostrar que la comunión tenía lugar después de los agapes, remite al lector á los capítulos 2.º, v. 46 y 20, v. 11 del Acta de los apóstoles, los cuales, dice, parecen indicarlo. Á esto contesto lo mismo que he respondido antes, á saber: que por ellos no se descubren vestigios de la cuestión, pues el primero habla tan solo de la frecuencia con que los primitivos cristianos se llegaban á la Eucaristía, y el segundo narra aquel memorable hecho de S. Pablo, que ya en otra parte dejamos referido, á saber: la celebración del Santo Sacrificio. Acercándome al fondo de este mismo hecho, pruebo lo contrario de lo que el mencionado autor intenta, porque es certísimo, según palabras de las Actas apostólicas, que S. Pablo no consagró la Eucaristía sino llegada la media noche (1), por lo tanto dió la Comunión á los presentes estando todos en ayuno natural.

Se suele objetar, además, que los cristianos se reunían cuando podían, á fin de celebrar los santos Misterios, hora que generalmente era de noche, según testimonio de católicos y paganos; lo cual hace hablar de este modo á un autor: (2) «Era muy dificultoso que pudiesen practicarlo en ayunas, en un tiempo que no se juntaban sino en oculto y á escondidas... ¿Es acaso creíble que cuando se juntaban á la entrada de la noche, y muchas veces inopinadamente, para celebrar los santos Misterios, ó en una casa particular ó en un subterráneo, estuviesen ayunos todos los fieles, ó que se negase la participación de los santos Misterios á los que no lo estaban?» Á lo primero respondo que la soledad no es causa suficiente para que no se ejecuten las cosas, como deben ejecutarse, de lo cual, las historias están llenas de ejemplos; mas no saliéndonos del asunto de los santos Misterios, digo, que el hecho mencionado de S. Pablo, y otros muchos que se ejecutaron á ocultas, prueban lo contrario. Con

(1) Cum convenissemus ad frangendum panem, Paulus disputabat cum eis, profecturus in crastinum, protraxitque sermonem usque in mediam noctem... — Postea — Ascendens autem, frangensque panem et gustans, etc. loc. cit.

(2) Chardón, Histor. de los Sacram. Eucarist. cap. 7.

tal que á los cristianos dejasen libres las noches ¿qué les importaban las tinieblas y el odio de sus adversarios, para dejar de cumplir, como debían, el solemne rito del Sacrificio? Al argumento interrogativo, se contesta, que es muy creíble que los fieles estuviesen de noche en ayunas, porque aun cuando se juntasen de noche, y aun si se quiere después del crepúsculo vespertino, no comulgaban hasta las primeras horas de la mañana, hora en que podían estar en ayunas. Además, los fieles no se reunían todas las noches del año, sino lo general era, reunirse el domingo á primeras vísperas, esto es: el sábado por la tarde, ó al anochecer, en las grandes solemnidades generales, y en la fiesta de los mártires. Cuando la asamblea era en domingo, no ayunaban los cristianos, porque, según dice S. Agustín, ayunar en este día es un escándalo entre nosotros; mas como la Comunión no se verificaba sino después de media noche, resulta que se guardaba el ayuno eucarístico. Si las asambleas tenían lugar en los dos últimos casos, los fieles se reunían la víspera de la solemnidad y pasaban toda la noche en vela, cantando á Dios las eternas alabanzas, terminando la fiesta religiosa con la celebración del Sacrificio. Pues bien; durante toda esta vigilia había ayuno, que no rompían hasta que efectuaban la comida de caridad, ó agapes. En otras ocasiones se reunían desde la media noche hasta la aurora, según se deduce de las palabras de S. Basilio: «Reunidos desde media noche en el templo del mártir, alabando con himnos al Dios de los mártires, habéis continuado hasta el día esperando mi llegada»; pero esto no era lo más frecuente.

**142.** Es verdad que algunas veces á causa del martirio que se había de dar á algún cristiano, se le administraría la Eucaristía á éste sin estar en ayunas; mas esto es un caso excepcional que se equipara al enfermo que está en peligro de muerte y se le concede el Viático después de haber comido; también es cierto que se darían algunos otros casos, impulsados casi siempre por la grave necesidad, pues no consta que por mera devoción ó por ligera causa se hiciese. De to-